

si fuese una hija tan desnaturalizada que escatimase un dulce recuerdo al Padre de su fe.

A pesar de tan ingrata ignorancia, procuraré decir algo que, si no cierto, sea al menos admisible, sobre la vida del primer Obispo Toledano.

Suponen algunos escritores, fundados en la etimología de su nombre, que tuvo Grecia la dicha de ver nacer en su preciosa tierra al invicto mártir.

Pero ¿es fundamento bastante sólido para creer que naciese en Grecia el que su nombre sea griego?

No se puede dudar que es un indicio, pero un indicio tan débil, que el más tenue soplo de la contradicción, puede hacer desaparecer por completo diciendo que la lengua griega era en aquella época la lengua universal, de modo que las demás, incluso la del Lacio, más que lenguas podían llamarse humildes dialectos.

Fundándose en la circunstancia de haber sido enviado desde la ciudad Eterna á trabajar en la viña del Señor, no falta quien le atribuya origen romano y aun se atreva á asegurar que sus progenitores descendían de familia senatorial, ¿Y no puede explicarse su ida á la Babilonia del Imperio, en el momento que se advierte que España era su tributaria? ¿No acudían allí multitud de jóvenes á recibir su educación? ¿no pudo ir á eso Eugenio? No es, pues, suficiente á explicar su origen la misión recibida de Roma.

Creo en mi humilde opinión, con la mayor parte de los escritores, que la patria de San Eugenio fué España; y de ese modo se explica fácilmente su separación de San Dionisio en Arlés para venir á Toledo. ¿Qué le indujo, si no fué el amor á su Patria, á abandonar la copiosa mies que se ofrecía á su ardoroso celo en el extenso campo de las Galias? ¿Qué predilección podía tener á nuestra patria si no habían nacido su cuna las brisas españolas?

¿Acaso se separó de Dionisio por alguna discusión que entre ellos surgiese? No es explicación satisfactoria, habiendo sido el cariño que se tenían la causa de su mártirio como luego se verá.

¿Pudo ser el celo de la religión, cuando España ya había recibido á Santiago, tal vez á San Pablo y contaba ya por miles los adoradores del verdadero Dios, mientras que en las Galias apenas había sido esparcida la semilla de la fe, y apenas algún idolillo había cedido su escabel al Dios crucificado? Sin duda alguna, queridos toledanos, Eugenio es español, y ¿quién os prohíbe acariciar el dulce pensamiento de que naciera en la hermosa península del Tajo?

Significada apenas la tierra en que debió nacer, surge la duda del año que sucedió tan fausto acontecimiento. Todo en su preciosa vida se halla oscurecido por las tinieblas más densas; se buscan argumentos directos y no existen; se apela á los indirectos y dejan la misma oscuridad que si no existieran.

¿Nació en el primer siglo? ¿fué en el segundo? No me atrevo á decidirlo; expondré los argumentos que favorables y adversos á una y otra opinión cita el sabio P. Flórez en el tomo 3.º de la *España*

*sagrada*, y más expertos que yo, podrán mis lectores sacar de ellos las conclusiones que más gratas les sean

Fué ordenado por el Papa Clemente I y enviado á España con San Dionisio, de quien se separó en Arlés, dicen los defensores de su antigüedad, siguiendo á Fortunato de Poitiers: si, pues, Clemente Romano fué Papa en el primer siglo y ya al finar, en él debió nacer San Eugenio. Induce también á rendir parias á esa opinión, el testimonio de Tertuliano en el libro 7.º cont. Jud.º; en donde asegura que son cristianos «Maurorum multi fines, hispaniarum omnes termini» algunas regiones africanas, todas las provincias españolas. Si, pues, toda España es ya cristiana á fines del segundo ó principios del tercer siglo en que escribió el Cicerón Africano, ó negar que Eugenio trajo la fe á Toledo, siendo su primer Obispo, ó conceder que nació en el primer siglo, pues que la duda está en si nació en ese ó á fines del segundo.

De no menos autoridad y más grata á los toledanos por haberse pronunciado en la apertura del décimo séptimo de sus célebres concilios, año 694, son las palabras siguientes del rey visigodo Egica «Hispaniæ fines semper floruerunt plenitudine fidei.»

La fe española ha florecido *siempre*. ¿Qué significa ese *semper* pronunciado ante concilio tan respetable si no creyó Toledo en Jesucristo hasta la mitad del siglo tercero?

Todas estas autoridades crecen en la opinión de aquellos, que con el sabio Natal Alejandro y algún otro historiador de no menos autoridad, creen que el Dionisio Parisiense, fué el célebre Areopagita que, según el historiador romano Flegón, al sentir las tinieblas, que á todo el mundo por disposición divina ocultaron el doloroso drama del Calvario, exclamó lleno de terror: «O el mundo perece ó padece el autor del universo», y á quien convirtió el ciudadano de Tarso cuando hizo aquella gloriosa confesión de Jesucristo en medio del Areópago de Atenas.

¿Cómo, si nació en el primer siglo, pudo sufrir martirio cerca de París, si según el testimonio de Sulpicio no llegó la tea de las persecuciones á las Galias sino en tiempo de Marco Aurelio, ya siglo tercero, y aún más, si creyendo al célebre Gregorio de Tours, hasta los años 249 y 51, en que imperaba Decio no fué perseguida la Iglesia galicana? Negar la autoridad á tan graves historiadores, sería el afirmar, que en el primero, y no en el segundo siglo de la era cristiana, vió San Eugenio la luz de este mundo. Y aunque puede derrocar tan temible argumento diciendo con la mayor parte de los historiadores antiguos, que fuera de la duración de los edictos generales de persecución no se extinguían por completo las hogueras, ni se cubría de orín el hacha del verdugo; sin embargo, creo insuficiente esa refutación para desterrar esa opinión, porque una lumbrera de la ciencia española, á quien saludan con respeto la ciencia pasada y presente y cuya memoria venerarán las generaciones venideras, ha dicho hablando de la fe católica, en una obra ya citada, que «se gloria Toledo de haber recibido su fe de San Euge-

»nio que *padeció en tiempo de Decio.*»

Comparen, y juzguen mis lectores, aclarando ese punto que mi escasa inteligencia no me permite aclarar.

Nada dicen los escritores sagrados de su preciosa juventud, que, á juzgar por sus grandiosos hechos posteriores, debió emplear en adquirir los vastos conocimientos que para ser Obispo en aquella época de crueles persecuciones eran precisos, en formar aquel genio esforzado que se necesita para profesar la fe en presencia del tirano que amenaza con la hoguera, ó el hacha del lictor. Lo poco que de él dice la historia empieza en la época de su ordenación y misión á España por el Papa Clemente, siguiendo la opinión de los que creen terminó su preciosa vida á fines del primero ó principios del segundo siglo, ó bien por San Fabiano si se prefiere á los que fijan su decapitación en el siglo tercero.

Suponiendo que fuese Clemente quien le ordenó Obispo y mandó á Toledo, ¿qué año próximamente tuvieron lugar esos hechos? La oscuridad que nos ocultó su cuna y la tierra de sus juegos infantiles traspasa los límites de su juventud, y, semejante á las densas nieblas del Támesis que duran desde el alba hasta la noche, pretende ocultarnos hasta su martirio y existencia, y únicamente se detiene á las Puertas del Celeste Paraíso, porque la inmensa claridad allí esparcida estorba su atrevido paso, impidiendo que sea incierta en el cielo la gloria de que tan ignorado ha sido en la tierra.

Parece que cual si fuese un crimen misterioso la brillante existencia de tan valiente mártir, se empeñan los historiadores en esparcir tinieblas en su derredor. Está ligada con un Dionisio de París, y cual si los fastos de los primeros siglos de la Iglesia fuesen hechos por el mismo Luzbel para atenuar, ya que ocultar no se puede, la gloria de los mártires; no se sabe cuándo vivió ese Dionisio, se ignora si fué el Areopagita ú otro Dionisio natural de las Galias.

Tiene relación con San Clemente Romano; y esa mano enemiga, que pudiéramos creer envidiosa de las glorias Toledanas, y que ha manejado la pluma de la historia, bien nos hace creer que ese Clemente siguió inmediatamente á San Pedro, bien que fué el segundo, tercero y hasta cuarto Obispo de Roma después de él, bien que rigió la Iglesia desde el 67, bien desde el 91.

El mismo Clemente en su carta á los fieles de Corintho habla de la ciudad Decida como si existiese cuando él les escribía, como si no hubiesen sido arrasados sus muros, como si no hubiesen perecido en su recinto un millón cien mil judíos víctimas del hambre y de la aguda lanza de los soldados de Tito y Vespasiano. Si aún no se había cumplido la terrible profecía de Jesucristo sobre la destrucción de Jerusalem, cuando surgió la aterradora lucha entre los fieles de Corintho, origen de la carta de San Clemente, bien pudo ser enviado Eugenio por este Papa el año 68 como afirma el catálogo de Prelados toledanos que existe en la sala capitular de esta S. I. P.; pero si entre el Príncipe de los Apóstoles y Clemente fueron Obispos de Roma, Lino, Cleto y quizás Anacleto, si en la regia